

Balas, botes y bancarrota

Una historia personal del póquer

AL ALVAREZ

Traducción de Javier Calvo

gatopardo ediciones 

Título original: *Poker: Bets, Bluffs, and Bad Beats*

© Al Alvarez, 2001

© de la traducción: Javier Calvo, 2026

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S. L., 2026

Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: septiembre de 2026

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de cubierta: © portada de la revista *Star Western*,
febrero de 1948

ISBN: 979-13-991858-6-7

Depósito legal: B 15367-2026

Impresión: Liberdúplex, S. L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL TRADUCTOR

De entrada, solo se me ocurre una tarea más paradójica que traducir al castellano un libro sobre póquer: traducirlo hoy en día. Me explico. Hace años, llegó a mis ávidas manos de traductor una novela de Don Delillo titulada (por mí) *Fin de campo*. Durante décadas, la novela había pasado por varias editoriales sin que nadie se atreviera a traducirla. Las aventuras godardianas de un equipo de fútbol americano que dialogaba sobre filosofía e historia en tono cómicamente solipsista era algo que no prometía vender miles de ejemplares. El verdadero problema que todos alegaban, sin embargo, era *lexicológico*. El fútbol americano no tenía un vocabulario en español. Era inexportable, inglobalizable, irreductible a las ideas ciceronianas de la equivalencia. Había que inventarse una piedra Rosetta falsa y dejarla medio enterrada para que alguien la «descubriera». Más tarde, claro, aparecería la ESPN y el problema entero de la traducción deportiva desaparecería en su poslenguaje post-Spanglish. La transferencia, cada vez más y en todos los ámbitos, está derrotando a la traducción. Pero yo soy traductor, y eso significa que no voy a usar el lenguaje *verdadero* que usan los jugadores o

los comentaristas. En mi primera experiencia como lexicólogo del póquer, me tuve que rendir a la evidencia que señala Al Alvarez: el póquer es un juego esencialmente americano. Es *América en forma de juego*. Sus inflexiones son inseparables del inglés americano, comparten estructura profunda. Es como intentar separar a los personajes de *Trainspotting* de sus dicciones escocesas: una tragedia. El póquer no se puede escribir en español, porque no se puede *pensar* en español. Para documentarme, consulté manuales de póquer. Vi tutoriales de internet. Entré en foros de jugadores. Leí la sección de reglas del Campeonato Español de Póquer. El póquer, en español, se juega con palabras inglesas. Y en 2026, es decir, en la tierra de internet, la transferencia terminológica es absoluta.

Pero, claro, esto que tenéis en las manos no es un manual de póquer. Es un libro sobre la obsesión y la euforia. Sobre una pasión que no conoce freno y un Xanadú donde no rigen las leyes del mundo. Y una crónica de cómo el autor encontró a su Moby Dick personal. Por tanto, me parece perfectamente admisible construirme mi pequeña piedra Rosetta falsa. O quizá no del todo falsa, pero sí algo alejada de cómo hablan *en la realidad* los jugadores de póquer. El aficionado al juego enarcará una ceja con escepticismo. Esta traducción para no iniciados, demasiado democrática, demasiado *demótica*, le generará antipatía. Al resto de nosotros nos tratará con más calidez, y con menos severidad, que el portero de un casino.

BALAS, BOTES Y BANCARROTAS

A Cyrus y Caroline Ghani

«Los viejos jugadores de póquer nunca mueren,
solo se llevan botes más grandes.»

INTRODUCCIÓN: APRENDER A JUGAR

Es ese juego donde te reparten cinco cartas, y si hay dos que sean iguales eso es bueno, pero si hay tres iguales es mucho mejor, ¿no?

W. C. FIELDS

Hace cuarenta años o más que juego al póquer con regularidad, una o dos veces por semana, salvo cuando estoy en Las Vegas: entonces me paso una quincena jugando a diario. Jugar al póquer es lo que me gusta hacer con mi tiempo libre y a lo que me dedicaría si no tuviera que ganarme la vida. Hay otra gente que siente lo mismo por el golf, el ajedrez o la danza en línea, pero yo estoy hablando de algo más que un simple pasatiempo absorbente. El póquer me cambió la vida y a veces pienso que incluso es posible que me la salvara.

Aun así, todavía no me explico cómo llegué a él. Al fin y al cabo, soy inglés, y hasta hace poco en Inglaterra no se jugaba mucho al póquer; ciertamente no lo jugaba mi familia. Cuando era chaval, todos los domingos mi casa

era escenario de sombrías partidas de *bridge*: mis padres contra el tirano de mi abuelo y una lúgubre vecina viuda llamada Doris, a quien mi padre apodaba la Viuda Negra porque siempre vestía de negro y parecía estar de luto permanente por el calzonazos de su difunto marido. Mis padres no tenían ningún talento para el *bridge*, y las partidas de los domingos creaban tan mala sangre que juré que no aprendería a jugarlo nunca. Decidí que los juegos de cartas no tenían nada que ver con el placer; solo eran una excusa institucionalizada para reñir, igual que el matrimonio.

A eso se le añadía el hecho de que no creía en la suerte, y, aunque toda mi vida he sido adicto al riesgo —escalada, salto de trampolín, coches rápidos—, nunca me gustaron mucho los juegos de azar. La ruleta, los dados, las tragaperras y demás me dejaban frío. En 1981, por ejemplo, me pasé tres semanas largas en el antiguo Golden Nugget del centro de Las Vegas. Jugué al póquer todos los días, pero no aposté ni un solo dólar a la ruleta ni puse una sola moneda en una tragaperras, a pesar de que por entonces el Golden Nugget ya estaba diseñado con tanta astucia que era imposible salir a la calle sin atravesar el casino. En cuanto a los caballos, la única vez que aposté por uno que ganó, se invalidó la carrera.

Pero el póquer no se basa en el azar, aunque yo no lo sabía cuando empecé a jugarlo. Como todos los principiantes, creía que el póquer era un juego de azar puro, como el bacarrá, donde apostabas a la carta que te salía. Quizá por eso me atrajo en aquel momento: por el peligro y la fanfarronería que acompañaban al hecho de asumir un riesgo. Estaba atravesando el punto más bajo de mi vida, y mis principios habituales de conducta se encontraban en suspenso. Se acababa de hundir mi primer

matrimonio y había dejado recientemente la docencia en la universidad para trabajar de escritor por cuenta propia. Teniendo a una exmujer y a un hijo que mantener, sin embargo, no me quedaba tiempo para escribir los libros que tenía planeados. Así pues, malvivía reseñando libros y escribiendo artículos para cualquiera que me los encargara. En aquellas circunstancias, apostar a ciegas más de lo que me podía permitir, a modo de desafío, me parecía un acto de gallardía. Demostraba algo que por lo demás no era evidente: que yo era un tipo duro y que todo me resbalaba. Fue un error de juicio que me salió caro, tanto en términos de dinero como de autoestima. Perdía todo el tiempo, y tuve suerte de que las personas con quienes jugaba por entonces —un par de guionistas y periodistas ocasionales, un pintor loco cuyas pinturas no se vendían y un buscavidas encantador que trabajaba en esa zona gris que separa el cine de arte y ensayo de la pornografía— eran igual de inocentes y se autoengañaban tanto como yo.

Luego, una noche de verano, apareció en nuestra partida un joven americano. Era un joven pálido y sudoroso, con un sobrepeso exagerado y una cara que recordaba al mostrenco de la portada de la revista *Mad*: el mismo pelo de pancha, las mismas pecas y ojos juntos. En comparación con nuestro grupo de individuos de palabra fácil y tendencias literarias, se lo veía torpe y tosco: un palurdo sin gracia al hablar y con cero encanto que no pillaba nuestras bromas ni entendía nuestras alusiones. Sin embargo, se pasó dos semanas seguidas desplumándonos con facilidad, hasta que le dijimos al hombre que nos lo había traído que le retirara la invitación.

Manejaba las cartas como un profesional, con movimientos rápidos y hábiles, y todos sospechábamos que hacía trampas. Qué más habríamos querido. Ni siquiera

el tramposo más compulsivo se habría molestado en trucar la baraja para jugar con una panda de pardillos como nosotros. Cualquiera se podría haber llevado nuestro dinero simplemente a base de jugar como era debido, siguiendo las reglas, mientras nosotros apostábamos a lo loco, incapaces de creernos que unas manos que empezaban bien no terminaran necesariamente de la misma forma, ni que no tuviéramos un derecho secreto y especial a llevarnos las fichas que habíamos puesto temerariamente en el bote.

El dinero que me ganó el americano gordo acabó siendo una buena inversión. Una y otra vez me humillaba a base de quitármelo sin esfuerzo alguno, de ver todos mis patéticos faroles y por fin darles la vuelta a sus cartas tapadas y llevarse el bote con indiferencia, sin apenas molestarse en ver mis cartas; ni siquiera le interesaban, como si mis pretensiones no fueran dignas de su atención. Pero la humillación es una gran maestra, y dos largas noches de sufrirla bastaron para demostrarme que yo no sabía nada del juego. Si quería jugar al póquer, iba a tener que estudiarlo. De forma que me hice con la introducción clásica, *The Education of a Poker Player* de Herbert O. Yardley, y me lo leí entero dos veces; la primera vez con incredulidad ante el hecho de que alguien pudiera jugar de forma tan conservadora y después ya avergonzado de mi ingenuidad. A continuación, retomé mis partidas y traté de aplicar lo aprendido. Durante los años siguientes, jugué siguiendo el manual, es decir, siguiendo a Yardley, a quien releía con solemnidad de cabo a rabo todos los viernes por la tarde antes de ir a mi partida. Y durante dos años, a excepción de un par de ligeros traspiés, no perdí.

Fue una buena época. Por primera vez en mi vida, tenía dinero para gastar —una noche me fue tan bien que

al día siguiente fui y me compré un Jaguar E-Type— y encima lo pasaba bien ganándolo. Mi gestor del banco me sonreía cuando nos encontrábamos, y empecé a verle todavía menos sentido que nunca a las reseñas semanales que escribía. Se habían convertido en una simple forma de llenar los días hasta que los viernes a las ocho de la noche llegaba la hora de sentarme a la mesa de póquer. Durante unos momentos de inconsciencia, incluso me llegué a imaginar que podría ganarme modestamente la vida sin tener que escribir un artículo o una reseña semana tras semana. Era una idea absurda, claro. La literatura era mi cruz para el resto de mi vida, pero como el trabajo en sí de escribir me resultaba tan difícil siempre estaba buscando otras actividades que me pudieran generar placer y un poco de dinero.

En aquella época, el póquer no era una de aquellas actividades, pese a mi éxito con mi grupo de pardillos. Se trata de un juego que tiene profundidad y por tanto uno nunca deja de aprender. Cuarenta años más tarde, todavía sigo aprendiendo, aunque ahora juego en casinos en lugar de en casas particulares y he profundizado lo suficiente como para saber que nunca jugaré tan bien como los profesionales con quienes comparto mesa. Pero entonces lo desconocía, y si me ahorré humillaciones mayores fue porque me surgió la oportunidad de dar clases durante un semestre en una universidad estadounidense. Cuando volví a Londres, se había disuelto mi grupo habitual de póquer de los viernes, lo cual significaba que se habían terminado las ganancias fáciles. Me sumé a un grupo más serio y sofisticado que se reunía los martes por la noche y empecé a aprender otra vez desde cero. En el grupo de los martes todo el mundo conocía los entresijos del juego y la mayoría habían leído a Yardley. Aunque se habían ter-

minado las ganancias fáciles, el placer que me producía desplegar mi pericia ante otros jugadores igual de hábiles era más intenso, aun cuando perdía, que la simple satisfacción ególatra de desplumar a incautos.

El grupo de los martes formó parte de mi vida durante veinte años; fue el elemento alrededor del cual se organizaba el resto de la semana, y me enseñó dos estilos distintos de póquer. Como eran partidas privadas, jugábamos mucho a lo que ahora llamo las variantes Ratón Mickey —la mayoría de ellas *high-low* y con comodines—, diseñadas para que sigas jugando y siempre tengas una excusa para añadir dinero al bote. El maestro de aquel estilo era John, que había nacido en Australia pero había vivido toda su vida en Europa y era todo lo inglés que te pueden hacer Eton y Oxford: modesto, titubeante, provisto de unos exquisitos modales tipo «usted primero» y de una risa estridente que parecía indicar una tendencia alarmante a no tomarse en serio a sí mismo hasta que se sentaba a la mesa de póquer. Entonces sus manierismos ingleses se intensificaban hasta un punto de excentricidad —agitaba las fichas como quien remueve la sopa, manoseaba las cartas con gesto irritado, daba sorbos de whisky y golpecitos con el pie, se meneaba nerviosamente en su silla—, y desaparecía toda la inocencia. Y empezabas a preguntarte si acaso toda aquella timidez inglesa no sería también un farol, parte de un juego arcano al que jugaba con su vida misma. Porque John era un jugador genuino, para quien la única utilidad que tenían las reglas era saltárselas, interpretarlas a tu antojo o ponerlas del revés. La mayoría de los jugadores serios de póquer esperaban a tener buenas cartas y entonces intentaban sacarles el máximo partido. John sabía hacer aquello, pero simplemente se negaba. Le aburría jugar en serio. El desafío, para él, era aceptar

malas cartas y ganar a base de superar en astucia a sus oponentes, subiendo la apuesta cuando debería abandonar, viendo la apuesta sin más cuando la debería subir y desconcertando a todo el mundo con su falta de lógica. No jugaba con sus cartas, sino con sus oponentes, una habilidad que solo pueden dominar los expertos en el juego psicológico. John y yo llevamos casi treinta años jugando juntos de forma discontinua y todavía no lo he entendido.

El juego psicológico es un arte que nunca he dominado. Consiste en usar espejos, en pensar hacia atrás o bien en sentido lateral, pero nunca de forma simple. Como dijo Tweedledee: «¡Por el contrario! Si hubiera sido así, entonces lo sería; y, siéndolo, quizá lo fuera; pero como no fue así tampoco lo es así. ¡Es lógico!». Sin embargo, solo es lógico en el tablero de ajedrez del mundo del otro lado del espejo de Carroll, y solo funciona en el póquer a elección del repartidor, donde mandan los comodines, todo es posible y los jugadores están ahí para jugársela y tener un golpe de suerte.

El riesgo me atrae, pero, como ya he dicho, nunca me han gustado mucho los juegos de azar. La escalada es una actividad de riesgo, y me gusta tanto como el póquer, pero le parece más arriesgado al espectador que a uno cuando está en la pared de roca. Para el escalador, todo estriba en controlar el riesgo, en tener la pericia y el estado físico necesarios para minimizar el elemento de azar. El póquer tiene una relación parecida con la suerte; es una cuestión de disciplina y de cálculo. Apostar por caballos, perros y números de lotería al azar, por una bolita de marfil que traquetea en la rueda de una ruleta o por las gotas de lluvia que caen por el cristal de una ventana es, en el peor de los casos, una adicción. En el mejor de los casos, una debilidad romántica. Requiere que uno se crea afortunado,

que se atribuya una relación especial con el destino, que se sienta elegido y bendecido. Hay que ser un optimista en contra de todas las evidencias.

El optimismo nunca ha sido mi fuerte, y, a medida que me hacía mayor y jugaba con más regularidad en Las Vegas, fui perdiendo interés en las variantes del póquer basadas en los comodines y la suerte. Sin embargo, había un habitual del grupo de los martes por la noche que compartía mi preferencia por la versión clásica del juego. Se llamaba Terry, y fue mi introducción a lo que yo consideraba de forma ingenua el mundo real: aquel ámbito cínico y sin escrúpulos que rodeaba por todos lados a la literatura pero solo se solapaba con ella en los *thrillers* americanos.

Terry parecía un matón de cine negro. Era un hombre enorme de cabeza cuadrada, panza imponente y un gran talento para el humor negro, guasón y canallesco, marcadamente norteamericano. En la adolescencia había dirigido un grupo itinerante de dados en Montreal y aquello le había infundido un amor por los maleantes que florecería después de mudarse a Londres y ganar dinero en el mercado inmobiliario. Hoy en día la edad y la enfermedad lo han obligado a abandonar el póquer, pero en sus buenos tiempos no solo jugaba los martes, como todos los demás, sino también la mayoría de las noches de la semana: *stud* de siete cartas en el Victoria Casino y el Sportsman y póquer de baraja reducida en los clubes privados del Soho que abrían cuando cerraban los casinos legales. Terry organizaba su vida en torno al póquer. Todos los días hacía negocios en su oficina de las nueve de la mañana a las cuatro de la tarde. Al acabar, se iba a casa y dormía hasta las diez. Se duchaba, se afeitaba, comía algo ligero y se iba con el coche a los casinos, adonde llegaba con expresión despierta y un buen humor impecable justo cuando a los

aficionados se les estaba acabando el gas. Aunque no era profesional y no le hacía falta el dinero, entraba en las partidas de los profesionales y jugaba al estilo de ellos. También compartía su indiferencia despreocupada por el dinero. Le gustaba decir: «Cuando hago negocios y juego al póquer, soy un tigre. Con los amigos soy distinto». Como rival a las cartas era temible; en cambio, hacia la gente que le caía bien mostraba una generosidad exagerada.

El grupo de los martes fue mi universidad del póquer, pero sería Terry quien me pondría de camino a una educación superior, y Las Vegas la que se convertiría en mi escuela de posgrado. «Las Vegas es como un parásito que se alimenta de dinero —me dijo una vez un profesional del póquer de allí—. Está aquí plantada en mitad del desierto, sin producir absolutamente nada, y aun así mantiene a medio millón de personas.» Me lo dijo en 1981. Desde entonces el parásito ha duplicado su tamaño y ha desarrollado métodos todavía más sutiles para extraer el dinero a sus visitantes, pero su espíritu sigue siendo el mismo. Detrás de la ilusión —del mundo de fantasía de los casinos, de las cataratas de luces, de la euforia sin remordimientos— se oculta la desilusión más profunda. Es, dicho simplemente, el lugar más cínico de la tierra.

Pero su cinismo es también lo que la redime: una forma de vitalidad tan desvergonzada que resulta atractiva. Hace años, por ejemplo, llamé para reservar una mesa cuando George Burns estaba actuando en el Caesar's Palace. Al otro lado de la línea, una voz ronca me preguntó:

—¿Qué quiere ver? ¿La actuación de las diez o la de medianoche?

—¿Cuál me recomienda?

—El tío tiene ochenta y ocho años. Vaya a la de las diez.